

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril-1998, pp 66-73

Imágenes, culturas y dificultades de la pasión beisbolera

Javier Lasarte Valcárcel

Javier Lasarte Valcárcel: crítico y poeta venezolano, profesor de la Universidad Simón Bolívar. Autor de *40 poetas se balancean* (1991); *Sobre literatura venezolana* (1992); *Juego y nación* (1995); *Heterogeneidades del modernismo a la vanguardia* (1996). Furibundo fanático del béisbol desde 1959.

Palabras clave: béisbol, culturas del béisbol, Caribe.

Resumen:

Hablar sobre béisbol desde el lugar y el discurso que imponen los espacios académicos tiene gusto a traición para el profesional que reconoce en su otro yo, el fanático, a un ser más tolerable y menos aburrido. De ahí el intento de ensayar un imposible discurso híbrido entre la reflexión y la experiencia. De ahí, su carácter fragmentario y tenso; el homenaje al origen de esa identidad alterna; el elogio –largamente vivido– del exceso carnavalesco y de la dimensión mítica; la voluntad de hacer de la pasión y del saber también una (¿contra?)política y una (¿contra?)cultura, siendo ante todo una forma de ser y de ser (en) público.

¿Desde dónde?

Los deportes que convocan multitudes, espacios públicos compensatorios inventados por la modernidad burguesa, son aún de los pocos espacios en los que universalmente se despliega la ilusión liberadora de una eufórica y carnavalesca pasión colectiva –algo parecido ocurre con los conciertos de rock o salsa; antes, las concentraciones políticas tuvieron también ese carácter. El consumismo, los medios masivos de comunicación o los adelantos cibernéticos de la posmodernidad han contribuido a convertirla en una pasión globalizada. Ello podría dar pie a un desmontaje, una descripción que persiguiera el desencantamiento del carácter ilusorio de esa pasión, mostrar las nevaduras históricas y comerciales de una actividad que es cada vez

más un hecho de mercado. Carlos Monsiváis lo ha hecho ya con el fútbol o el boxeo; muchos con la telenovela; Juan José Saer y Quino con la cultura de masas.

Otros acercamientos sugieren la carga del acento en otros lugares. Los que, en el caso del béisbol, trazan claves de una posible cultura caribeña. El cubano Roberto González Echevarría subrayaba la genealogía secreta que vinculara el arte modernista con el arte peloteril. Edgardo Rodríguez Juliá (*Peloteros*, Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1997) se valía de la memoria personal y colectiva, de una narrativa reconstructora de poderosos personajes como Orlando Cepeda o Roberto Clemente, para, desde la nostalgia, leer en la historia del béisbol puertorriqueño la crónica de una difícil identidad, sugiriendo en su gesto final la superioridad de la pasión masiva frente a la modorra decadente de la institución cultural. En Venezuela, Milagros Socorro cedía a la tentación del testimonio al recoger desde casi su voz la historia del gran pionero, el primer triunfador en el béisbol de las Grandes Ligas (*Alfonso «Chico» Carrasquel: con la V en el pecho*, Fundarte, Caracas, 1994); y casi al mismo tiempo, Carlos Brito, desde el lugar del reverente fanático, hacía que la poesía se nutriera de sus personajes y situaciones para revivir su sentido entre abismal y épico («Pica y se extiende», *Letras*, 1994). Gestos de otras historias y otras políticas que convergen en el diseño de un espacio alterno.

Desde dónde o cómo entonces hablar del béisbol. Desde la hibridez es imposible e inevitable. Su crítica es posible y acaso también deseable, pero algo está por encima de ella, una vitalidad resistente a la academia y al mercado. Cruzado por las convenciones académicas, la profesionalización y la «profesación» de lo alternativo, el fanático no puede ver –quizás inútil e ingenuamente– la pasión social que despierta el béisbol como otra cosa que el lugar en el que aún puede expresarse colectivamente tanto una voluntad emancipatoria del instante improductivo, como un breve y cíclico, eufórico o trágico viaje de incursión en una dimensión mítica de la existencia (la épica mínima del boxeo en Cortázar o del fútbol en Soriano); o sencillamente como ese tenso tejido de emociones que se establece cuando uno y sus convenciones y profesiones se deshacen entre el público y el escenario. No sé y tal vez no importe demasiado.

Primeras imágenes

*Los parques de pelota cultivan esa extraña complicidad
entre padres e hijos, entre la memoria y el deseo*
E. Rodríguez Juliá, Peloteros

Las primeras imágenes –iniciáticas– que guardo de ese otro yo que vivió mi infancia pertenecen de forma inequívoca al mundo del béisbol.

1. En mi cuarto, como en actitud de adoración, contemplo absorto la foto autografiada de Luis Aparicio, héroe fundacional en pose de esperar su turno al bate. La foto se yergue sobre un mueble cualquiera de la media casa que alquilábamos en Maracaibo a una familia de italianos del sur (la primera frase que recuerdo de mi vida es un grito de la señora Faló: *¡Fermati, Claudio!*). Es el primer altar, el único que ha soportado el paso del tiempo. Quién sabe cómo mi padre se habrá agenciado la foto de Aparicio. Bien pudo haberla comprado a la entrada del stadium, pero con él las cosas solían ser siempre algo más literarias. Por ese entonces era ya un cobero de marca mayor. (Cuando tuve nueve años, trajo a casa un soberbio pastor alemán. Para sorprenderme no se le ocurrió nada mejor que decir, con toda seriedad, que se trataba nada menos que del hijo legítimo de Rintintín. Aunque no le creí, siempre quedé saboreando orgullosamente la posibilidad de la duda.) A decir verdad, no recuerdo cómo dijo haber adquirido la foto, pero imagino que me habrá contado alguna historia de las suyas: que estaba caminando por la calle, que casualmente se topó con Aparicio, que al verlo detuvo su auto, que el futuro Salón-de-la-Fama le saludó y le dio esa foto para mí, con la condición de que estudiara mucho y fuese un buen muchacho. Proviendo de Aparicio, dador de la fantasía, pudo haber sido una inmejorable razón para cumplir con ambas encomiendas.

2. El primer gran regalo de Navidad de mis padres –los había descubierto *in fraganti* a los cinco años, ya para entonces la nocturnidad era mi hábitat. Un enano de seis años tuvo ante sí la empresa de soportar atlánticamente un equipo completo de béisbol: una máscara de receptor que ha debido llegarle hasta el abdomen; unas rodilleras que seguro cubrirían sus zapatos y le llegarían hasta el cuello; un peto aparatosamente insertado en sus extremos bajo la careta y las rodilleras; un bate más alto que él; una pelota, que le habrá parecido del tamaño de un melón, dentro del detalle imperfecto: un guante de *infielder*, sostenido inestablemente por la palmita de su mano. Listo para la foto de rigor de ese 25 de diciembre en Maracaibo, bajo un sol que ha debido ser, como siempre, insoportable. Imagino cómo mis padres han debido gozar de lo lindo al pedirme que caminara. La foto no la conservo, pero qué más da. La llevo en mí, como si fuera marca de destino.

3. ¿Cómo ocultar, además, el obvio deseo de ser pelotero cuando fuese grande? ¿Cómo no confesar que aún lo deseo?

4. Entre 1959 y 1961: el primer juego de béisbol presenciado por mí en el «Alejandro Borges» de Maracaibo. Con toda seguridad un Pastora-Rapiños. Que no vengan con cuentos de que la memoria deforma y crea

el pasado. El recuerdo no sólo es vivo y real, estoy seguro de que aquel suceso llegó a determinar varios aspectos de mi personalidad. Fue un partido nocturno. Nunca había visto tanta luz de un sólo golpe, ni un campo tan verde –impensable en la aridez de Maracaibo–, ni una multitud –aunque fuese de escasos miles–, ni héroes de ensueño frente a mí. Quiero pensar que ganó mi equipo –el Rapiños. No sabía nada de béisbol a mi altura de 4 o 5 años. No recuerdo el juego pero sí su suceso. Quizás fuese cerca de medianoche al terminar el partido. No teníamos carro –ni lo tuvimos después– y la casa bien podría quedar a unos cuantos kilómetros del stadium. A poco de andar se desató una tormenta de esas infamemente llamadas tropicales. Aunque el palo de agua fue breve, nos empapamos malcobijados bajo un árbol insuficiente. Hubo un estruendo aterrador y un rayo cayó a escasos metros de nosotros, en un descampado al borde del cual habíamos retomado el caminar.

Quiero que mi gusto inseparable por el cine, la poesía, el espectáculo, el béisbol, la noche, el miedo y la utopía gregaria –o su doble consecutivo: la melancolía–, tengan en ese primer juego su antecedente más decisivo. Presiento además que todos esos elementos en el fondo son uno.

Públicos y culturas

*Si mi muerte contribuye a que se acabe el trabajo
yo cojo mi maletica y ya me voy para abajo
La Lupe en «Menéalo»*

Uno de los sueños de todo fanático, como el básico de todo pelotero, es llegar a las Grandes Ligas. Apenas en 1995, ya al borde abismal de la «cuarentena», alcancé a realizar ese sueño. Entre julio y agosto de ese año, pude ir dos veces al Three Rivers Stadium de la ciudad de Pittsburgh. El primer juego fue entre los Piratas y los Mets de Nueva York (ganado por los Mets gracias a un soberbio cuadrangular de Todd Hundley); el segundo entre los Cachorros de Chicago y los mismos Piratas (ganado de nuevo por los visitantes). Aunque fue un pésimo año para los Piratas, existía el aliciente de ver jugar al que hoy se vislumbra como el mejor bateador venezolano de todos los tiempos, Edgardo Alfonzo (Mets), al almirante Carlos García (Piratas), a Shawon Duston y Ryne Sandberg (Cachorros que alguna vez, en sus primeros años, jugaron para las Aguilas del Zulia, equipo de mis sufrimientos), y, por supuesto, el de ver algo del «mejor béisbol del mundo».

Fui con unos estudiantes del doctorado, un heterogéneo y divertido grupo de amigos integrado por gringos, españoles y venezolanos, desconocedores del juego en su mayoría, pero entusiasmados y alborotados por las expectativas generadas por el organizador de la excursión. El traslado al stadium en autobús acarreó el reclamo de un

negro con aspecto de *homeless* que, aupado por el resto del pasaje, nos increpaba porque causábamos demasiado escándalo al hablar en alta voz un idioma bárbaro –el español. La sofrenada indignación por el acto colonialista dirigido paradójicamente por un hombre con apariencia de indigente desapareció al llegar al Three Rivers. En acuerdo con los amigos decidimos, dado el costo de las entradas, acudir a las gradas del jardín derecho. Primera sorpresa: subimos por una rampa en forma de caracol el equivalente de ocho pisos. Segunda sorpresa: la absorta contemplación del monumental campo de juego, una impresión tan sobrecogedora como la primera caminata por la Quinta Avenida o como llegar por primera vez al tope del mundo en la terraza del World Trade Center de Nueva York. Había poca gente (éramos unos 4.000 los asistentes, lo que en un coso con capacidad para seis o siete decenas de miles, nos daba un cierto aspecto de náufragos en tierra firme, de idiotas pues), pero eso no era problema, no son raros los parques vacíos en muchos juegos de la temporada regular venezolana.

Hasta ahí el deslumbramiento. Hubo más sorpresas, pero todas radicalmente decepcionantes, y con ellas, las inevitables comparaciones y reflexiones culturalistas. Primera decepción: no solo no se permitía fumar, tampoco se podía tomar cerveza. Había que salir afuera para consumir desesperadamente una deleznable birra *lighth* y un cigarrillo apresurado, con el eventual castigo –así fue casi siempre– de perder por el pecado de doble insanía alguna instancia importante del juego. Aunque ya para entonces sentía rechazo por los nacionalismos o latinoamericanismos como actos de fe, resultaba inevitable el recuerdo próximo de los partidos de pelota en el parque caraqueño de la Ciudad Universitaria, al que, tres meses al año, se acercan, toman y dejan grupitos u hordas ballarangosas (bárbaras) de fanáticos. Y no sólo porque se pueda fumar desde el asiento, sino porque la cerveza forma parte indisoluble del ritual. No se trata de que no se pueda disfrutar sin «pecar», pero para muchos el goce del juego, sumado a la exaltación étlica, puede conducir, con una pequeña ayuda del deporte, al paroxismo y al éxtasis –absolutamente bárbaros, *of course*. Como en los conciertos de salsa, el inicio del espectáculo nos suele encontrar ya ganados para el jolgorio. Luego, el promedio de una cerveza por entrada abre las compuertas de los gritos, las lenguaradas, el hervor de la sangre, los baños públicos de la preciada ambrosía, los brincos, los cantos, el carnaval. El stadium de la Ciudad Universitaria es, en fin, el bar más grande y divertido del mundo.

Segunda decepción: en el stadium de Pittsburgh la gente se ocupa de cualquier cosa menos del juego: hacen calcetas, preparan el contrato de la próxima semana, bostezan, duermen o miran a su interior. Es un público de la era post-industrial, para el que el béisbol es un espacio de ocio, una forma de matar el aburrimiento existencial. Nunca una pasión

cotidiana. Los momentos culminantes deben ser alentados por los dibujos de una gigantesca e imperial pantalla electrónica que les dicen si deben aplaudir, patear el piso o, a la altura del séptimo *inning*, cantar a coro el *Take me out to the ball game...*; a todo lo cual, es justo reconocerlo, responden adocenadamente. Dicen que las sedes de los Cachorros (Chicago), Indios (Cleveland), Orioles (Baltimore), Marineros (Seattle) y los Yanquis (Nueva York), son otra cosa. He visto juegos en esos parques por televisión, pero salvo por algunos grupos de «*funnies loquitos*», la bulla, que la hay, es demasiado ordenada; ruidosa, pero civilizada. Es una celebración colectiva y ceremonial, nunca una fiesta. El verdadero público de las Grandes Ligas está en Caracas o el Caribe.

Algo parecido ocurre con el juego mismo. Los calentamientos previos al inicio del partido, o las tomas que nos ofrece la televisión de las cuevas (*dogouts*), son muestras del ambiente de joda permanente que suele existir entre los jugadores, infantiles muchachones veinte y treintañeros. El estilo del juego caribeño parece subvertir o transformar el modelo metropolitano, más circunspecto y sobrio. Carl Ripken es tal vez su máspreciado emblema: el nuevo Caballo de Hierro –más bien el Hombre de Hielo–, al alcanzar el récord en participación ininterrumpida en juegos, ante la reacción emocionada del público, cuyo aplauso se prolongó por unos 15 minutos, apenas esbozó una sonrisa fugaz. Su rostro, inmutable como todo su ser, encierra seguramente el secreto de su durabilidad. Edgardo Rodríguez Juliá describe cabalmente la diferencia cultural:

Cuando asumimos este deporte como parte de nuestra herencia colonial, también asumíamos sus valores y contradicciones. Llegó al Caribe cuando aún no se habían gestado todas sus posibilidades. Existe un estilo caribeño de jugar béisbol. Al lento y a veces pastoral juego decimonónico le añadimos nuestra salsa afrocaribeña: la manera de batear, imposible aunque efectiva ... el virtuoso tiro hecho en cuclillas, desde la posición de receptor ... la manera de «catchear» ... espatarrado detrás del plato; la tendencia ... a tirarle a las bolas malas, sus cadenas de oro, las dormilonas en las orejas y demás cafrerías, el colorido. Sazonamos el juego; no lo inventamos, pero le añadimos un sabor particular... Para los norteamericanos el mítico *field of dreams* es un espacio diseñado como metáfora de su sociedad. Como el espíritu del capitalismo, el béisbol es un deporte en equipo, corporativo, y a la vez rigurosamente individualista (*Peloteros*, pp. 3-4).

A estos detalles podría añadirse el hecho de que las estrategias de juego preferidas por los managers, jugadores y fanáticos caribeños, son también marcas de diferencia cultural. El engaño y la picardía, lo inesperado y la payasada, la intuición y la agresividad o incluso la fanfarronería, son elementos centrales en el manejo del juego caribeño. De hecho, los peloteros y managers norteamericanos que hacen aquí sus pasantías para llegar a las Grandes Ligas, sólo tienen éxito en la pelota invernal a costa de integrarse a la deportividad rumbosa o de soportarla estoica y calladamente. Entre los norteamericanos hay ejemplos notables del estilo caribeño (Pete Rose, el gran caído, por

ejemplo), pero esa no es la norma; aquí, es toda una escuela. La imagen de César Tovar dejándose pegar la pelota para embasarse; los robos de base impuestos por Aparicio; el mareo que Guillén les monta a los corredores de segunda base; esconder la pelota o montar un teatro para engañar a un corredor del equipo contrario; los machucones a posta de Vitico Davalillo; los robos de *home* o los *squezze plays* suicidas, son pan cotidiano de nuestro béisbol. Entre finales de los 70 y comienzos de los 80, el equipo de La Guaira, bajo la tutela del entonces *coach* Pompeyo Davalillo, fue mejor conocido como «La Guerrilla». Metáfora ilustrativa de la(s) diferencia(s) (de) política(s).

Especificidad de la pasión beisbolera

Una fría noche de luna llena de noviembre de 1995, llevé al stadium caraqueño a Alejandra Carlini, turista italiana, profesora de filosofía en la Universidad de Padova, que sólo manejaba tres o cuatro ápices de fútbol y que en general no mostraba mayor interés por los deportes de competición. A la altura de la quinta entrada, sonreída –y en el fondo más fría que la noche–, me solicitó muy formalmente, con aires de quien estudia una cultura bárbara, que desarrollara en ese preciso instante una comparación entre el fútbol y el béisbol. Fue mi penúltimo –y siempre vano– intento por seducirla ése de –probablemente con alguna cerveza de más encima– venderle la superioridad tropical del béisbol sobre el fútbol o sobre cualquier otro deporte. Pensándolo hoy –superada ya la sensación de sentirme aquella noche como una ebria rata de laboratorio– un poco menos apresurada e interesadamente, la comparación tiene mucho de inútil. Es inútil diferenciar béisbol, fútbol, baloncesto, o incluso deportes de actores individuales como el tenis o el boxeo, porque lo que interesa en verdad es su real capacidad de convocatoria pasional. En todos se escenifica ese explosivo compuesto hecho de fuerza, poder, gesto, destreza, ingenio, inteligencia y arte –en su más restrictivo sentido– que permite por instantes la posibilidad de la transfiguración.

No obstante hay diferencias y especificidades de alguna relevancia. Entre los deportes de multitudes, béisbol y fútbol comparten, además de las fervorosas querencias, la imponente de sus escenarios, campos generalmente al aire libre, algunas veces monumentales, donde cíclicamente se representa el ritual de la vida y la muerte, la gloria y el bochorno, el heroísmo y la miseria. Pero más allá de eso, son muchas las cosas que los separan. Quedémonos con tres: las relaciones ritmo / azar, milagro / sorpresa y difusión / saber.

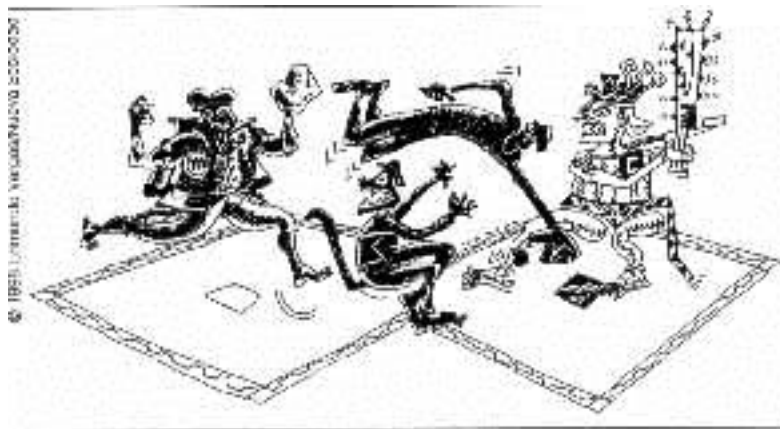
- El *tempo* es radicalmente diferente, por ejemplo. En el fútbol la pausa es lo ocasional; en el béisbol es la norma. Hay tiempo para intercambiar miradas entre el lanzador y el bateador –algo parecido a los estudios y retos

del boxeo o el toreo–, señas varias entre los actores para tramar, para cal- mar, para establecer estrategias. En compensación, el contacto casi eléctrico que genera el choque de la pelota con el bate –uno de los supremos placeres de la vida– pertenece al más estricto ámbito del azar, al de las múltiples posibilidades que intentan ser descifradas y controladas por los diversos planos de las estrategias; en el fútbol en cambio, aunque el azar también está presente, la patada sólo es impredecible a partir de la pifia y todo responde más bien a una cierta mecánica, a la pugna por la superioridad de mecánicas y maquinarias.

- Si el fútbol es un continuo en el que incluso el empate puede ser un buen resultado o cuatro goles de diferencia suelen ser decisivos, en el béisbol, además de la obligatoria definición de la victoria y su doble, los escenarios y sus resultados pueden alternarse y alterarse varias veces a lo largo de un partido; su variación puede operarse en poco más de cinco segundos. Me explico. Cuando en el fútbol un equipo remonta una diferencia de dos o tres goles en contra se habla de «proeza» o de «milagro», aún más si eso ocurre en 10 o 15 minutos; entre otras cosas porque un partido de cinco goles ya es excepcional. Sin llegar a las abrumadoras anotaciones del básquet, la alternancia en el béisbol permite en un mismo partido resultados parciales y sucesivos de 2-0, 3-2, 3-5, 3-7, para que en obra de dos minutos, merced a un jonrón con las bases llenas el resultado final sea 8-7, aparte de su emocionante inestabilidad, no escapa por ello a una dinámica relativamente normal. La lentitud del béisbol es recompensada entonces por numerosas e inesperadas ráfagas de intensidad. En otro sentido cercano, como en todo deporte, el poder –físico, técnico, monetario– forma parte del juego. En el fútbol, con suerte, 1 de cada 20 veces, David vence a Goliath y se considera una «hazaña». En el béisbol la sorpresa forma parte central de su cultura y el relato mítico de David ocurre con más frecuencia de lo que pudiera pensarse. El peor equipo de una Liga puede incluso ganar su serie particular con quien será a la postre el campeón y empatar su serie con el subcampeón. Que la ilusión se convierta en realidad está en el terreno de lo factible y no es asunto de fe como en el fútbol, donde nunca Venezuela podrá ganarle a Brasil.

- En el concierto mundial, el fútbol es el deporte que acapara las mayores simpatías, y a partir de su difusión por los medios de comunicación se ha convertido de hecho en el deporte universal por excelencia. El área de influencia del béisbol en cambio queda más bien restringido a algunos países asiáticos –Japón, Corea–, Norteamérica y la cuenca del Caribe. Nada hace pensar que ese hecho vaya a cambiar. Entre otras cosas porque el fútbol es de fácil seguimiento. En él las jugadas se suceden con escasa interrupción de uno a otro lado de la cancha. La acción supera a la estrategia. Hay estrategia en el fútbol, desde luego, y ésta se pone en práctica en pleno juego. Pero el lugar de su dictado se halla

antes del inicio o en el único entretiempo del partido. En escasos segundos, un especialista podría explicarle a un desconocedor el mínimo indispensable sobre el juego como para que, con un poco de buena voluntad, lo siga sin mayores obstáculos. Con el béisbol ocurre casi todo lo contrario. El béisbol es un juego de estrategias sinfín y quien quiera disfrutarlo debe aceptar el contrato –a mediano y largo plazo– de hacerse con un saber. (Confieso que después de seguir con atención el béisbol nacional y/o el de las Grandes Ligas durante 38 años ininterrumpidos aún hay muchas cosas que desconozco de él.) Es su mayor dificultad y su mayor encanto. Como contraviniendo consejos colonialistas sobre la indolencia tropical, el fanático caribeño del béisbol –pues prejuiciadamente sospecho que no ocurre lo mismo con el gringo o el asiático– es, más que un erudito, un sabio. Para su disfrute cada vez más cabal, no solo maneja diestramente una abrumadora cantidad de información –promedios, estadísticas, récords, cientos de reglas saturadas de acápites...–, es además por definición un estratega. Por ello la pasión que el béisbol despierta sólo será privilegio de unos pocos millones de elegidos. Pasión regional y exclusiva definida por el saber. De donde se desprende la obvia superioridad de la versión tropical del béisbol sobre el fútbol o cualquier otro deporte.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista